

JOSÉ GRANADOS – JUAN ANTONIO GRANADOS (EDS.)

LA ALIANZA EDUCATIVA

Introducción al arte de vivir

Prólogo de D. Fernando Sebastián

SEGUNDA EDICIÓN



Monte Carmelo



didaskalos

Imagen portada:

Primeros pasos de Vincent van Gogh

1ª Edición: *Diciembre 2009*

2ª Edición: *Octubre 2010*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionada puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y s. del Código Penal).

© 2010 by Editorial Monte Carmelo
Paseo del Empeinado, 1; Apdo. 19 – 09080 – Burgos
Tfno.: 947 25 60 61; Fax: 947 25 60 62

<http://www.montecarmelo.com>
editorial@montecarmelo.com

Impreso en España. Printed in Spain
I.S.B.N.: 978 – 84 – 8353 – 329 – 1
Depósito Legal:

Impresión y Encuadernación:
“Monte Carmelo” – Burgos

ÍNDICE

PRÓLOGO	15
INTRODUCCIÓN: LA EDUCACIÓN Y EL ARTE DE VIVIR... ..	21
CAPÍTULO I – El maestro se hizo carne: una pedagogía encarnada	29
El sembrador de recuerdos	29
Semilla pequeña, semilla profunda	31
1. Aprender a ser hombres: educar para griegos, judíos, cris- tianos	32
Cómo educaban los griegos: la forja del carácter	33
Israel: educar en la Alianza	35
Los cristianos: Clemente y el gran pedagogo	37
2. El maestro según San Agustín y Santo Tomás	39
Una conversación con Adeodato	39
El Maestro interior	40
Maestro de la memoria	43
Maestros junto al Maestro: la enseñanza de Santo Tomás	45
Lo que va del médico al maestro	46
3. Apuntes para una pedagogía encarnada	48
La alianza educativa	48
El Maestro se hizo carne	49

Descender para elevar	50
La huella del maestro	53
CAPÍTULO II – Ayudar a engendrar: la figura del maestro en la Paideia Griega	57
1. La búsqueda de la sabiduría	60
2. El origen de la sabiduría	63
3. Engendrar la sabiduría	64
4. Reconocer la sabiduría	68
5. Construir la sabiduría	70
Conclusión: una auténtica paternidad	72
CAPÍTULO III – Enseñar el camino de la vida según el Antiguo Testamento	75
1. Los relatos de la Biblia: la pedagogía de Dios	75
2. Un paradigma: la educación de Israel	77
2.1. La primera “edad” de la vida de Israel	78
2.2. Bajo el monte de la ley	79
2.3. La frontera de una nueva “edad”. El Deuteronomio ..	81
2.4. Un pueblo adulto: el pueblo profeta	82
3. Padres y maestros en Israel	83
3.1. Los padres, maestros de un camino de vida	83
3.2. Canales que salen del río: los sabios maestros de Israel	87
4. Conclusión	88
CAPÍTULO IV – “Vosotros me llamáis maestro” (Jn 13,13). La pedagogía de Jesús en el evangelio de Juan	91
1. Punto de partida: el despertar de un deseo	92
2. Los signos del Maestro	94
3. Jesús y el Padre	96
4. La incomprensión	97

ÍNDICE	11
5. Permanecer en Jesús	99
6. El Espíritu pedagogo	101
7. Dos figuras de discípulo: Judas y Juan	102
8. Una pedagogía con madre	104
9. Conclusión: un camino de vida	104
 CAPÍTULO V – El papel de la amistad con Dios en el proceso educativo	 107
1. Educación y amor	109
2. Caridad y educación	115
3. El drama de la vida y el papel de la caridad	117
4. La caridad y la maduración de la persona	119
a. Primera fase: determinar qué es una vida lograda, digna de ser vivida	119
b. Segunda fase: el crecimiento de las virtudes como capacidad de excelencia	123
c. Tercera fase: la espontaneidad de la vida en el Espíritu ..	127
5. Conclusión	128
 CAPÍTULO VI – Maduración de la persona en el evento educativo ...	 131
1. Introducción: la urgente necesidad del evento educativo ..	131
2. El factor tiempo en la tarea educativa	136
2.1. La infancia	138
2.2. La adolescencia	141
a. Una cultura narcisista que promueve el “adolescencentrismo”	143
b. Aprender el lenguaje del cuerpo en un contexto pansexual	144
3. El papel de la temporalidad en la educación de la afectividad humana	148
4. Conclusión: el horizonte de la creciente madurez hacia la santidad	150

CAPÍTULO VII. Educar para la responsabilidad: de la “educación estética” al drama de la vida	153
1. La responsabilidad que nace de su afecto	154
De la pertenencia a la propiedad	156
Crecer gradualmente en la responsabilidad	156
El amor que genera confianza	157
2. La responsabilidad a través de la acción	158
La acción descubre la propia dignidad	159
La “siembra” de los talentos	159
3. El motor de la responsabilidad	161
¿Autonomía o responsabilidad?	162
4. El camino de la responsabilidad	163
No porque es capaz, sino para que lo sea	164
De la educación “estética” a la educación “dramática”	165
Sostener sin sustituir	166
Conclusión	167
CAPÍTULO VIII: Educar en el amor y para formar una familia	169
1. La vocación al amor	170
2. El descubrimiento del amor y la sexualidad	173
Diversidad de manifestaciones de la sexualidad	174
Amor y libertad	178
3. Vivir el amor: el discernimiento vocacional	180
Conclusión	184
CAPÍTULO IX: La comunidad educativa, garante del destino de la persona	187
1. Los rasgos del “náufrago”: soledad y culto al cambio	188
La soledad del individualismo o la incapacidad de reconocerse	189
El culto al cambio	191
La realidad virtual amenaza la interioridad	193

2. El itinerario: desarrollo en comunidad	194
2.1. Reconocer la dependencia para descubrir la propia identidad	196
a. Conocimiento propio y "vulnerabilidad"	197
b. Gratitud y virtud de la justa generosidad	198
c. Orden y virtud de la responsabilidad	199
d. Cultivo de la interioridad	200
2.2. La pertenencia: "héroe" y "constructor" en la narra- ción de mi historia	201
El "héroe": la amistad exige el coraje	202
El "constructor": la fidelidad del trabajo	204
2.3. La permanencia en el tiempo: el cultivo de los ras- gos propios de la comunidad	206
Cultivar la tradición	206
Los ritos propios	210
Conclusión	213
ANEXO	217

CAPÍTULO IV

“Vosotros me llamáis maestro” (Jn, 13,13). La pedagogía de Jesús en el evangelio de Juan

*Luis Sánchez Navarro**

El evangelio de Juan, al igual que los otros tres, tiene como protagonista fundamental a Jesús y como co-protagonistas a sus discípulos. Éstos lo acompañan desde el comienzo y participan con él de los principales acontecimientos de su vida; a ellos se manifiesta tras su resurrección, convirtiéndolos así en testigos. De hecho, el evangelio en su conjunto es el testimonio escrito de un discípulo: “Éste es el discípulo que da testimonio de esto y que ha escrito esto” (Jn 21,24).

Pero la cosa no ha sucedido de forma repentina: ha sido necesario un camino, un proceso educativo, dirigido por Jesús y secundado por sus seguidores. Un camino que, pese a estar orientado en todo momento por Jesús, el Logos de Dios encarnado, no está de por sí encaminado al éxito, tal como nos recordará el caso

* Profesor Numerario de Nuevo Testamento en la Facultad de Teología “San Dámaso” (Madrid).

de Judas. En estas páginas nos preguntamos por los elementos principales de este camino.

1. Punto de partida: el despertar de un deseo

La predicación de Juan en el Jordán supuso un poderoso revulsivo para los humildes de Israel, que en este hombre de obrar profético supieron ver a un enviado de Dios. Pronto hubo un pequeño grupo de hombres que lo seguían más de cerca y se reconocían como sus discípulos, viendo en el bautismo que practicaba aquella purificación mediante el agua que los antiguos profetas prometieron a Israel para el tiempo final: "Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará..." (Ez 36,25).

Pero quizá no suponían que la misión de Juan era más compleja. Porque no consistía sólo en preparar al pueblo para la manifestación de Dios purificándolo con el agua: estaba llamado también a testimoniar la presencia del Hijo de Dios entre los hombres. Y esto sucederá un día cuando, hacia la hora décima (aproximadamente las cuatro de la tarde), Juan señale a un hombre de apariencia normal designándolo con una extraña expresión: "He ahí el Cordero de Dios" (Jn 1,36). Sus seguidores comprenden justamente estas palabras, tal y como muestra su reacción; el evangelio nos sorprende aquí por su sobriedad: "Y sus dos discípulos lo escucharon hablar y siguieron a Jesús" (1,37). Así, con esa impresionante sencillez: el testimonio de Juan los ha cautivado.

A continuación tiene lugar una conversación decisiva; por vez primera en este evangelio oímos hablar a Jesús. Su voz suena interrogante: "¿Qué buscáis?" "—Maestro, ¿dónde moras?" "—Venid y veréis" (1,38-39). Jesús descubre que en ellos ha nacido un deseo; deseo que los movió a seguir al austero Juan junto al Jordán,

y que constituye la explicación última de su existencia. Un deseo de que Dios actúe, de que los purifique, y con ellos a todo Israel; de que derrame sobre ellos el agua pura (Ezequiel 36), de que escriba en su corazón la ley de Dios tal como prometiera la profecía de la Nueva Alianza (Jeremías 31,31). Todo este cúmulo de esperanzas late en la pregunta, aparentemente intrascendente, con que contestan a Jesús: “Rabí, ¿dónde moras?”. No es fruto de una curiosidad pasajera, o un mero trámite para salir del paso. Revela el corazón de estos hombres, que en Jesús han descubierto al maestro con el que quieren morar en adelante. Así lo comprende Jesús, que los invita a descubrir por sí mismos su misterio: “–Venid y veréis”. Es necesario que, como Abraham al salir de su tierra, ellos den el paso: un paso sin vuelta atrás.

Jesús, que “conoce lo que hay en el hombre” (Jn 2,25), sabe que en el corazón de esos jóvenes late un gran deseo; con la providencial ayuda de Juan el bautista, cuyo testimonio resulta decisivo, es capaz de sacarlo a la luz revelándoselo quizá también a ellos mismos. Las palabras con que Juan lo describe (“He ahí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”; Jn 1,29) les hacen comprender que Jesús es capaz de purificarlos, de “quitar su pecado”. Por eso su deseo es muy concreto: descubrir “dónde mora” Jesús. Su afán de purificación y plenitud aparece ahora inseparablemente unido a la persona de ese maestro, hasta entonces desconocido y sin embargo hondamente anhelado.

“Fueron pues, y vieron dónde moraba, y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima” (1,39). Ese día comienzan a convivir con Jesús; la eficacia de esta experiencia para empezar a conocerlo en su verdadera identidad queda patente en la convicción con que uno de ellos, Andrés, le dice poco después a su hermano Simón: “Hemos encontrado al Mesías” (1,41). Ha nacido el discipulado cristiano.

2. Los signos del Maestro

El evangelio de san Juan enmarca la revelación inicial de Jesús a sus discípulos en lo que podemos llamar una “semana inaugural”: las diversas indicaciones temporales (“al día siguiente”: Jn 1,29.35.43; “a los tres días”: 2,1) conforman un período de siete días. Con ello se quiere subrayar la perfección de esa revelación inicial: en la Biblia, el siete es símbolo de plenitud y perfección. Pues bien, esta semana culmina en Caná de Galilea (2,1-12). Allí tiene lugar el primer prodigio obrado por Jesús, que con autoridad revestida de sencillez transforma en vino el agua destinada a “las purificaciones de los judíos” (2,6). Las palabras finales del evangelista ahondan en el significado de este hecho: “Esto hizo como comienzo de los signos Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos” (2,11). La fe de los discípulos, una fe que ya existía antes de este momento (en sus primeros encuentros con él lo han confesado como Mesías, Rey de Israel, Señor), adquiere ahora una consistencia nueva a la vista del prodigio; el evangelista llama a este milagro “signo” (en griego: *semeion*), término que emplearé siempre en adelante para referirse a los milagros de Jesús. Juan hace esto porque le da importancia, no tanto al prodigio en sí, como a lo que *significa*. Significa, en primer lugar, que Jesús actúa de parte de Dios; por ello provoca una fe renovada en él. Tal como poco después declarará Nicodemo: “Rabí, sabemos que de parte de Dios has venido como maestro; pues nadie puede hacer estos signos que tú haces, si no está Dios con él” (3,2). Y significa, además, en qué consiste esa salvación que Jesús viene a traer a los hombres: cada uno de los prodigios obrados por Jesús desgrana e ilumina una dimensión de su ministerio salvador.

Los signos tienen por tanto un papel fundamental en la pedagogía de Jesús. Notemos ante todo que es una pedagogía completa, tal y como se desprende del número de signos en este evangelio:

siete (ya hemos indicado el valor simbólico de este número). A través de ellos Jesús va afianzando la fe de sus discípulos, a la vez que la llena de contenido. El signo de Caná les da a entender que en Jesús se hace presente la alegría de los tiempos mesiánicos, el gozo –simbolizado en el vino– de los esponsales del Señor con su pueblo. El segundo signo de Caná, la curación del hijo del funcionario real (4,46-54), presenta a Jesús como Señor de la vida; también este signo provoca la fe en quienes lo contemplan: “Y creyó él y toda su familia” (4,53). Mediante la curación del paralítico en la piscina de Betesda (5,2-9) Jesús se revela como Señor del sábado, que trae a los hombres una liberación prefigurada por la liberación de Egipto: la liberación de la enfermedad (5,16-30). La multiplicación de los panes y los peces, que también tiene como trasfondo el Éxodo, presenta a Jesús como el nuevo Moisés por cuya mediación Dios alimentó a su pueblo con pan y con carne (6,1-15). Pero a continuación, con su misterioso caminar sobre las aguas manifiesta su condición trascendente, que lo hace superior a Moisés (6,16-21); así se desprende de las palabras con que se identifica ante los suyos (“Yo soy”: 6,20) y que evocan el Nombre divino revelado a Moisés en la zarza ardiente (“Soy el que soy”: Ex 3,14). El largo relato motivado por la curación del ciego de nacimiento (Jn 9,1-41), que culmina en la adoración de Jesús como Señor por este hombre cuyos ojos han conocido la luz gracias a él (9,38), revela a Jesús como verdadera “luz del mundo” (cf. 8,12). El séptimo y último signo, la resurrección de Lázaro (11,1-46), dará contenido a la solemne afirmación de Jesús que está en su centro: “Yo soy la resurrección y la vida” (11,25); la “oleada de fe” que provoca en quienes lo han presenciado (11,45) y en quienes contemplan a Lázaro vuelto a la vida (12,11) atestigüa su realidad y su eficacia para suscitar y consolidar la fe en Jesús. Esa eficacia motivará la condena a muerte dictada contra él (11,53).

Mediante estos signos, frecuentemente acompañados por discursos que explicitan su significado, los discípulos de Jesús van

aprendiendo a conocer su identidad y en particular lo que podemos llamar "su misterio": ese núcleo de su personalidad inaccesible a una observación externa, pero en el que radica su verdadera originalidad. ¿Cuál es el "misterio" de Jesús?

3. Jesús y el Padre

El obrar de Jesús, cuya máxima expresión son los siete signos, no procede de sí mismo sino que apunta a Alguien que se revela a través de él: "Las obras que me ha dado el Padre para que las cumpla, estas obras que hago testimonian acerca de mí que el Padre me ha enviado" (Jn 5,36); "las obras que hago en nombre de mi Padre son las que dan testimonio de mí" (10,25). En los signos de Jesús se desvela el rostro del Padre, que es la fuente de la alegría, de la vida, de la autoridad que revisten el ministerio del Hijo: "No puedo yo hacer nada por mí mismo: como oigo juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad sino la voluntad del que me envió" (5,30). Tampoco su palabra, su enseñanza, es en último término suya sino del Padre: "Lo que yo hablo, tal y como me lo ha dicho el Padre, así lo hablo" (12,50).

El secreto de Jesús es su comunión total de amor con el Padre; en su evangelio lo expresa abiertamente y de diversas formas: "Yo y el Padre somos una sola cosa" (10,30); "Amo al Padre, y como me ordenó el Padre, así hago" (14,31); "No estoy solo, porque el Padre está conmigo" (16,24). Pero esta comunión no se la guarda para sí egoístamente; al contrario, el motivo de su encarnación es precisamente comunicarla a todos los hombres que creen en él: como dice el evangelio en su comienzo, a todos los que lo acogen Jesús "les dio poder de llegar a ser hijos de Dios" (1,12). Así, declarará a los suyos en la Cena: "El Padre mismo os quiere, porque me queréis a mí y creéis que salí de Dios" (16,27). Después de la resurrección dirá, lleno de gozo, a María

Magdalena: “Ve a mis hermanos y díles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios” (20,17).

Esta relación de los discípulos con el Padre es fundamental, porque de ella depende el que puedan serlo realmente: “Nadie puede venir hacia mí si no lo atrae el Padre, el que me envió... Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí” (6,44-45). Para conocer verdaderamente a Jesús, para ser su discípulo, es necesaria la docilidad interior al Padre. El conocimiento de Jesús es delicado y frágil: toda escucha de otra voz que no sea la del Padre puede apartarnos de él. Esto se manifiesta especialmente en el tema de la incompreensión: mientras no escucha dócilmente al Padre el discípulo se arriesga a no comprender nada.

4. La incompreensión

En la Última Cena, el momento de la vida de Jesús al que el evangelista Juan concede más importancia (le dedica nada menos que cinco capítulos de su evangelio: Jn 13-17), Jesús se extiende en enseñanzas y explicaciones a sus discípulos. Pues bien, es precisamente entonces cuando san Juan atestigua que los discípulos entienden... muy poco. Las diversas intervenciones individuales de los discípulos (cc. 13-14) van en esta línea; de hecho a todas ellas responde Jesús corrigiéndolas a veces, y siempre completándolas. “—Señor, ¿a dónde te vas?... ¿Por qué no te puedo acompañar ahora? Mi vida por ti daré” (Pedro: 13,36.37); “—¿Tu vida darás por mí? En verdad, en verdad te digo que no cantará el gallo hasta que me hayas negado tres veces” (13,38). “—Señor, no sabemos a dónde te vas; ¿cómo podemos saber el camino?” (Tomás: 14,5); “—Yo soy el camino y la verdad y la vida... Si me conocierais, también conoceréis a mi Padre” (14,6-7). “—Señor, muéstranos al Padre, y nos basta” (Felipe: 14,8); “—¿Tanto tiempo estoy con vosotros y no me has conocido, Felipe? El que me ha

visto a mí ha visto al Padre" (14,9). "—Señor, y ¿qué ha sucedido para que vayas a manifestarte a nosotros y no al mundo?" (Judas, "no el Iscariote": 14,22); "—Si alguien me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él" (14,23).

El progreso de la instrucción a lo largo de la cena no mejora las cosas. En efecto, cuando Jesús dice unas enigmáticas palabras ("Un poco y ya no me veis, y de nuevo un poco y me veréis": 16,16), todos ellos se preguntan perplejos: "¿Qué es esto que dice: lo de «un poco»? No sabemos qué dice" (16,18). Y cuando poco después afirman, ufanos: "Mira, ahora abiertamente hablas, y no dices ninguna comparación; ahora sabemos que sabes todo, y que no tienes necesidad de que alguien te pregunte: en esto creemos que de Dios saliste" (16,29-30); Jesús les responde con pesar: "¿Ahora creéis? He aquí que llega la hora, y ya ha llegado, en que os disperséis cada uno por su camino y me dejéis solo" (16,31-32). Cuando por fin creen haber entendido, Jesús declara que no han entendido nada.

Pero ello no priva de utilidad a estos diálogos; todo lo contrario: son necesarios, ya que en ellos Jesús consume su revelación. En este contexto promulga el mandamiento "nuevo" (13,34) o "mío" (de Jesús: 15,12), ese mandato a los discípulos de amarse mutuamente "como yo os he amado". El entero evangelio quedaría velado sin esta revelación de la motivación última del obrar de Jesús (el amor a sus discípulos) y de su exigencia fundamental (el amor mutuo). El hecho de que ante esta doctrina sublime sus discípulos no comprendan permite intuir la profundidad de las enseñanzas del Maestro. Si todo se entendiera a la primera, entonces no podría llenar el corazón, porque las realidades personales (¡cuánto más las divinas!) no son evidentes, sino que se requiere un no-comprender para empezar a acercarse a ellas con la apertura y disponibilidad que merecen. Cuando los discípulos creen haber comprendido a Jesús, enton-

ces se cierran a él. Cuando por el contrario declaran su perplejidad, entonces hay esperanza de que puedan realmente acoger el misterio sin desvirtuarlo.

Todo esto nos manifiesta que hay algo aún más importante que comprender a Jesús: “permanecer en” él.

5. Permanecer en Jesús

No se puede concebir el “proceso educativo” realizado por Jesús tal como lo describe san Juan sin tener en cuenta este elemento. Lo propio del discípulo es esta permanencia “en” Jesús (15,4). La convivencia con él, que como veíamos está en la base del seguimiento, no es por tanto meramente externa, sino que llega al interior, al corazón. Con una característica constante, la reciprocidad: Jesús “permanece” en aquel que “permanece” en él. Durante su vida pública lo expresa sólo en una ocasión, indicando el medio –la Eucaristía– que permite esa permanencia: “El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él” (6,56). Pero será de nuevo durante la cena cuando el tema aparezca con insistencia; en concreto, con la alegoría de la vid:

Jn 15,4-11: Permaneced en mí, como yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. ⁵ Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada. ⁶ Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y arden. ⁷ Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis. ⁸ En esto es glorificado mi Padre: en que deis mucho fruto y lleguéis a ser mis discípulos. ⁹ Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced

en mi amor. ¹⁰ Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. ¹¹ Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo llegue a plenitud.

Igual que en Juan 6 Jesús indicaba la necesidad de “comer su carne y beber su sangre” (es decir, de entrar en comunión total con su humanidad y su vida entregada) para permanecer en él, ahora emplea la imagen de la vid y los sarmientos expresando así la necesidad de esta comunión para poder tener vida y dar fruto. Permanecer en Jesús:

- a) Es condición absoluta para la vida.
- b) Implica dejar que la palabra de Jesús, su enseñanza, “permanezca” en el discípulo.
- c) Es requisito imprescindible para poder dar fruto, realizando así la propia vocación de “llegar a ser discípulos”.
- d) Significa permanecer en su amor: la máxima intimidad cordial.
- e) Que Jesús permanezca en el discípulo significa que también permanezca en él la alegría de Jesús. De nuevo se expresa la máxima intimidad.

Es significativo que esta explicación de lo que significa permanecer en Jesús preceda inmediatamente al “mandamiento de Jesús”, el del amor mutuo (15,12-15). Esto nos revela que estamos en la misma longitud de onda. Y es que la relación que Jesús busca con sus discípulos es semejante a la relación de amor que lo une al Padre, que también expresa como una “permanencia”: “¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? Las palabras que os digo, no las digo por mi cuenta; el Padre que permanece en mí es el que realiza las obras” (14,10).

El secreto de esta permanencia está en el Espíritu, el verdadero pedagogo del discípulo.

6. El Espíritu pedagogo

San Juan dedica especial atención a los diálogos de Jesús con sus discípulos. En la Última Cena, cuya amplitud ya hemos señalado (cinco capítulos: Jn 13-17), tiene lugar un amplio “discurso dialogal” en el que Jesús reúne sus principales enseñanzas, como precioso testamento para los suyos. En este evangelio los discursos de Jesús tienen estructura dialogal; es decir, son palabras de Jesús jalonadas por preguntas o reacciones de los interlocutores. Pero a diferencia de los discursos pronunciados durante su vida pública (dirigidos principalmente a “los de fuera”, y en particular a los judíos que no creen en él), en este momento final de su recorrido terreno Jesús se centra en quienes lo siguen de cerca: en sus discípulos. Por eso estos discursos resultan de especial interés para comprender cómo ejerce Jesús su labor formativa con ellos.

Es entonces cuando empieza a hablarles del Espíritu Santo, haciéndoles comprender hasta qué punto lo van a necesitar en su proceso de discipulado. Ya lo poseen, porque es imposible seguir a Jesús sin la iluminación del Espíritu: “Vosotros lo conocéis, porque permanece entre vosotros y estará en vosotros” (14,17). Sin embargo aún no lo conocen en profundidad; así cuando, el último día de la fiesta de las Tiendas, Jesús grita con voz poderosa acerca del agua que recibirán los que crean en él, el evangelista nos dice: “Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado” (7,39). “Aún no había Espíritu”: es decir, el Resucitado aún no lo había concedido a los suyos.

Por eso cuando Jesús vuelva al Padre que lo envió, lo recibirán de una forma nueva: “El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho” (14,26). Y entonces llegarán a conocer a Jesús con su plena verdad: “Cuando venga el Parácli-

to..., el Espíritu de la verdad..., él dará testimonio de mí" (15,26); "os guiará en toda verdad" (16,13). No se puede entender el proceso educativo de los discípulos de Jesús sin esta acción constante del Espíritu Santo, que permite que conozcan a Jesús en la verdad de su misterio, y que mediante su luz está continuamente perfeccionando y actualizando la enseñanza de Jesús. Cuando tras su resurrección les dice "Recibid el Espíritu Santo" (Jn 20,22) empieza esta nueva etapa, necesaria y fascinante, del seguimiento del Señor.

Vemos pues que el hecho de seguir a Jesús es eminentemente trinitario; y, por lo tanto, en el proceso formativo de los discípulos actúan las tres personas de la Trinidad. El Padre atrae hacia Jesús; el Hijo llama, enseña, precede con el ejemplo y consolida con el amor; el Espíritu Santo completa y profundiza todo aquello que el Hijo ha enseñado. El seguimiento de Cristo no impide las dificultades en el aprendizaje; Jesús es consciente de ello. Por eso, como Maestro humilde de corazón (Mt 11,29) encomienda el perfeccionamiento de su obra al Maestro interior, el Espíritu que procede del Padre.

7. Dos figuras de discípulo: Judas y Juan

La pedagogía de Jesús que hemos descrito hasta ahora no es algo abstracto, sino que se plasma concretamente en sus seguidores más cercanos. Hay dos personajes emblemáticos, que nos muestran el fracaso del proceso (Judas) y su más perfecta realización (Juan).

El doloroso caso de *Judas* nos muestra plásticamente las amenazas que constantemente acechan sobre ese proceso pedagógico que supone el discipulado. Nos están ocultas muchas circunstancias de su vida; pero con certeza podemos descubrir en él, uno de los primeros llamados por Jesús y miembro del selecto grupo de los Doce, un progresivo alejamiento "cordial" de Jesús, una rebelión interior contra el misterio del Maestro. Jesús es el primero

en descubrirlo cuando aún nadie lo sospecha, tras la multiplicación de los panes y el discurso del “Pan de la vida”: “Uno de vosotros es un diablo” (6,70). Lo comprobamos la primera vez que escuchamos su voz, ya en la antesala de la Pasión; el indignado y amargo reproche que dirige a María de Betania por ungir a Jesús (“¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios y se ha dado a los pobres?”: 12,4) está dirigido en realidad al Maestro, que ha aceptado ese homenaje de amor de la hermana de Lázaro. En lugar de entrar en el corazón del Maestro, que en estos momentos se enfrenta a una muerte infamante y cruel (“A los pobres siempre los tenéis con vosotros; pero a mí no siempre me tenéis”: 12,8), Judas prosigue en su alejamiento radical. Hasta el punto de que, al comienzo de la Cena, el evangelista nos dirá de él que “el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote la intención de entregarlo” (13,2). Su función en la Pasión del Señor, al convertirse en el guía de quienes lo apresan (18,3-5), es el triste colofón de una existencia tornada en el fracaso más grande.

Juan es el caso contrario. Nos llama la atención que nunca aparezca su nombre; es siempre “el discípulo que amaba Jesús”, el discípulo amado. Como tal goza de una peculiar intimidad con su maestro: se recuesta en su regazo (13,23); es testigo privilegiado de la Cruz, donde recibe como madre a María (19,26); allí mismo contempla intensamente su costado traspasado por la lanza (19,35). Es igualmente el primero en creer en la resurrección de Jesús (20,8). Es, en fin, quien ha escrito el evangelio (21,24). Con toda probabilidad es uno de los dos primeros discípulos de Jesús, que obedecieron al testimonio del Bautista y siguieron a Jesús (1,35-40); también es aquel discípulo que, en la hora difícil de la pasión, y exponiéndose al peligro, entró junto con Pedro en la casa del Sumo Sacerdote, de quien era conocido (18,15). Juan ha seguido a Jesús desde el principio con dócil fortaleza, se ha dejado guiar exterior e interiormente por él, ha perseverado con él incluso en las situaciones más difíciles, y ha penetrado en su corazón como nin-

gún otro. Se sabe amado por el Maestro, y a su vez lo ama intensamente. Por eso nunca aparece con su nombre en el evangelio que ha escrito. O mejor dicho, sí que lo hace. Porque ahora su nombre es "el-discípulo-que-amaba-Jesús": esta expresión expresa su verdadera identidad mejor que cualquier nombre humano.

La pedagogía de Jesús se ha empleado a fondo con sus discípulos; Judas representa el fracaso, Juan su obra más acabada. Y es que seguir a Jesús es una cuestión de libertad, de amor. Juan ha escogido la mejor parte.

8. Una pedagogía con madre

La figura de Juan nos ha llevado a mencionar a María (en realidad, "la madre de Jesús": en el evangelio tampoco ella es nunca llamada por su nombre, sino que se la presenta con ese título que le es exclusivo). La madre de Jesús aparece sólo en dos momentos; pero ambos son esenciales para comprender la pedagogía de Jesús. En Caná María propone a los sirvientes –y a todos nosotros en ellos– un verdadero programa de seguimiento de Jesús: "Lo que os diga, hacedlo" (Jn 2,5); con su invitación a la obediencia aparece como madre en la fe de los discípulos, que como consecuencia del primer signo de Jesús (obrado gracias a la intervención de su madre) "creyeron en él" (2,11). Esto se hará explícito y formal al pie de la cruz, donde el discípulo amado –y en él todos los cristianos de todos los tiempos– la recibe como madre y la acoge "en su casa" (19,25-27). Jesús considera la relación filial con María un elemento esencial para el camino formativo del discípulo; el discípulo amado, primer beneficiado de esa acción materna, es testigo privilegiado.

9. Conclusión: un camino de vida

La pedagogía de Jesús se fundamenta en el "peso" de su propia persona: en todo momento Jesús aparece como aquel que

conoce el camino y que, a la vez, está dispuesto a recorrerlo junto con sus discípulos, poniéndose a su misma altura y sin ahorrarse ningún esfuerzo. Esto guarda relación con la finalidad última de toda su actividad, que no es transmitir una certeza de orden intelectual sino comunicar una vida: la que él vive en plenitud de comunión con el Padre y el Espíritu.

El seguimiento de Jesús se configura por tanto como un camino que comienza con el deseo suscitado por el Maestro y culmina en la comunicación del Espíritu del Maestro, que permite la máxima interiorización de su enseñanza en la comunión personal. Seguir a Jesús es por tanto entrar en su corazón, en su intimidad con el Padre, recibir su Espíritu, convertirse en hijo de su Madre. Todo el proceso es, en fin, obra –escondida pero eficaz– del Padre que, por medio del Hijo, atrae constantemente a todos los hombres hacia él.

BIBLIOGRAFÍA

- CABA, J., *Teología joanea. Salvación ofrecida por Dios y acogida por el hombre* (Estudios y ensayos 103; BAC, Madrid 2007).
- CABALLERO, J.A., “El discípulo amado en el Evangelio de Juan”, *Estudios Bíblicos* 60 (2002) 311-336.
- MUÑOZ LEÓN, D., “Evangelio según san Juan”, *Comentario Bíblico Latinoamericano* (ed. LEVORATTI, A.J.) (II: Nuevo Testamento; Verbo Divino, Estella 2003) 589-682.
- SÁNCHEZ NAVARRO, L., “Agápe en el Evangelio de Juan”, *Scripta Theologica* 39 (2007) 171-184.
- “La pedagogia di Gesù nei vangeli”, *Il cammino della vita: l'educazione, una sfida per la morale* (ed. PÉREZ-SOBA, J.J. - GOTIA, O.) (Lezioni e Dispense 10; Lateran University Presencias, Città del Vaticano 2007) 227-248.